

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

*El geólogo y geógrafo Juan Carandell**

Los tres autores del libro que se ha publicado recientemente sobre Juan Carandell tienen una dilatada trayectoria de dedicación al estudio de su vida y su obra, plasmada en numerosas publicaciones. De Julián García García, el primero de ellos, han aparecido diversos trabajos de índole biográfica sobre Carandell, en los que ha abordado, entre otros, aspectos relativos a su correspondencia, a sus contactos con algunos exponentes señalados del panorama cultural de su tiempo, o a su condición de opositor. Los otros dos autores, Antonio López Ontiveros y José Naranjo Ramírez, profesores de Geografía Humana de la Universidad de Córdoba, han desarrollado, como es sabido, una amplia y fecunda labor de investigación sobre la obra geológica y geográfica de Juan Carandell¹.

El libro que ahora han publicado constituye una especie de feliz culminación de esa común dedicación al estudio de la biografía intelectual de Carandell y a la interpretación del carácter y el significado de su trabajo geológico y geográfico. Es un libro extenso y bien documentado, minucioso y sistemático, que ofrece una acabada imagen de la trayectoria del autor considerado. Y conviene añadir enseguida que esta aportación, esta visión de conjunto, ordenada y penetrante, es interesante

en sí misma, en lo que atañe al mejor conocimiento de la figura de Carandell, y lo es también, además, en la medida en que aporta una muestra expresiva de lo que supuso la labor desarrollada por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, durante el primer tercio del siglo XX, respecto del desarrollo de los estudios geológicos, y, en conexión con ello, respecto del comienzo de la investigación geográfica moderna en España, con una orientación inicial marcadamente física o naturalista.

Porque Juan Carandell es precisamente un buen ejemplo de la orientación seguida por algunos naturalistas de la Sección de Geología del Museo de Ciencias Naturales, dependiente de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que les llevó, en los años mencionados, desde una dedicación inicial estrictamente geológica hasta la progresiva incorporación de perspectivas geográficas, que desembocaron en ocasiones en la realización de trabajos de Geografía regional. Promovieron y protagonizaron así la primera investigación geográfica moderna que se llevó a cabo en España, que adoptó, entre otras cosas, buena parte de los puntos de vista de la entonces pujante escuela francesa de Geografía. De ese movimiento participó Juan Carandell, del mismo modo que lo hicieron también, a su manera, Eduardo Hernández-Pacheco o, sobre todo, Juan Dantín Cereceda.

Al primer capítulo, dedicado a los aspectos biográficos, en el que se da cuenta, entre otras cosas, de lo mucho que para él significó su labor como catedrático de Historia Natural en los Institutos de Cabra y de Córdoba, le sucede otro, breve pero sumamente interesante, en el que se consideran los presupuestos personales e intelectuales de su obra, que ayuda a contextualizar y entender correctamente las claves de la actitud intelectual y

* GARCÍA GARCÍA, Julián, LÓPEZ ONTIVEROS, Antonio y NARANJO RAMÍREZ, José: *Vida y obra del geólogo y geógrafo Juan Carandell Pericay (1893-1937)*, Córdoba, Diputación de Córdoba y Universidad de Córdoba, 2007, 598 págs.

¹ En esta misma revista, publiqué hace algunos años un comentario sobre una valiosa muestra de esa dedicación (el libro sobre *La Geografía de la provincia de Córdoba según Juan Carandell Pericay*, de Antonio López Ontiveros), y mencioné en él algunos otros trabajos de ambos autores situados en esa misma línea («Córdoba en la obra de Juan Carandell», *Ería*, 63, 2004, págs. 119-121).

de la labor científica de Carandell. Se habla en él de la decisiva influencia ejercida por la Institución Libre de Enseñanza sobre Carandell, de la admiración que éste sentía por sus principales impulsores (Francisco Giner y Manuel Bartolomé Cossío) y por algunas experiencias educativas a ella vinculadas, como la Residencia de Estudiantes. Fue ésta una influencia verdaderamente fundamental, cuya presencia se dejó sentir a lo largo de toda la vida del autor.

«Respecto a la Institución Libre de Enseñanza (se lee en el libro que comentamos) hay que decir que no hay autor que más cite Carandell que Giner de los Ríos y está claro que su talante integérrimo y elegante, su pasión por la ciencia y la naturaleza, su “ansia de paisaje”, la exaltación del excursionismo, su idealismo fructífero, su tolerancia religiosa, su elitismo intelectual, su concepción educativa y tantos otros rasgos de su personalidad mal pueden explicarse sin esta influencia».

No es exagerado afirmar, como hacen los autores del libro, que encontramos en Carandell «un prototipo casi perfecto del intelectual creado por la Institución», una persona que «se inserta humana y científicamente en la Institución Libre de Enseñanza».

El resto del libro (cinco capítulos más) se adentra en el análisis y en la valoración de la obra geológica y geográfica de Juan Carandell. Es un estudio sistemático y pormenorizado, que se apoya en una doble clasificación (cronológica y temática) de esa obra, desarrollada en los capítulos tercero y cuarto. Todas las publicaciones de Carandell se encuentran así no sólo ordenadas temporalmente, sino también agrupadas en los dieciséis ámbitos temáticos delimitados por los autores del estudio, que comprenden, junto a los apartados más propiamente geológicos y geográficos, otros referidos a aspectos como «Excursiones y viajes», «Representaciones gráficas», «Instituciones docentes y problemas de la enseñanza», o «Literatura y Arte». Es una clasificación temática bien pensada, fruto sin duda del exhaustivo y detenido conocimiento acumulado por los autores sobre la obra clasificada, que ayuda en gran medida a conformar una visión de conjunto de la dedicación intelectual, educativa y científica de Juan Carandell.

La consideración de la obra escrita del autor, expuesta a lo largo del capítulo quinto, aúna la exposición descriptiva de los trabajos incluidos en cada caso y el comentario crítico sobre su significado y su valor. Se ponderan así, por ejemplo, las importantes aportaciones de Carandell, en colaboración con Obermaier, a la investigación del glaciario cuaternario en España. Y se señala igualmente, por añadir algunos otros ejemplos, el notable interés de su trabajo póstumo sobre *El Bajo Am-*

puerdán, «modelo (como se dice en el libro que comentamos) de monografía regional al estilo geográfico francés de la época», en la que Carandell alcanza «su madurez geográfica», o el valor de sus estudios sobre el hábitat de Sierra Nevada, que están «entre las mejores aportaciones carandellianas a la Geografía». No menos dignos de atención son los comentarios que dedican los autores a otros escritos de distinta índole de Carandell, en los que a menudo se proyecta de manera particularmente nítida la presencia en su ideario de los postulados ginerianos e institucionistas, como sucede en sus consideraciones sobre el significado de las excursiones y los viajes, o en las que recogen sus opiniones sobre las instituciones docentes y los problemas de la enseñanza.

No sin razón se dedica un capítulo entero, el sexto, a la obra gráfica de Carandell, faceta de su labor que fue, sin duda, importante y significativa. Abundantemente ilustrado (cualidad que se extiende a todo el libro), este capítulo da cuenta de la obra gráfica completa del autor, de la que ofrece una clasificación específica, ordenándola también tipológicamente. Del valor que se atribuye merecidamente a esta vertiente gráfica de Carandell, pueden dar idea estas palabras del libro que comentamos:

«Su obra gráfica es importantísima y bien significativa, no sólo en el contexto de su propia producción científica, sino incluso en la Geología y Geografía españolas del primer tercio del siglo XX».

Y su labor, se añade después, fue especialmente destacada en el terreno de los bloques-diagrama, «de los que fue el introductor en España», y en el de los «tour d'horizon» y los dibujos a plumilla, entre los que cabe destacar por su interés «algunos que sirven de explicación a las fotografías (técnica que también utilizó) de paisaje».

Tras todo este contenido, se incluyen, en el último capítulo, unas conclusiones finales, que sintetizan los resultados interpretativos sucesivamente expuestos en los que le preceden, y la relación de la bibliografía citada. Termina así este libro riguroso y muy completo sobre una figura intelectual de indudable interés, una figura que participó activamente, a partir de su vinculación con los círculos naturalistas de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, en los primeros pasos de la investigación geográfica moderna en España. Se trata de un libro que debe interesar, desde luego, a los geógrafos, sobre todo a los más atentos al proceso de conformación de la Geografía moderna en España, pero que podrá interesar también, sin duda, a todos los que sientan curiosidad por el panorama intelectual y científico español del primer tercio del siglo XX, en buena medida marcado por la proyección del

ideario reformista, educativo y científico, inicialmente promovido por la Institución Libre de Enseñanza.— NICOLÁS ORTEGA CANTERO

*La cultura tradicional en el mundo rural asturiano**

Cuando se analiza o estudia el mundo rural, suele ocurrir que, dependiendo del enfoque que se le de al trabajo, se haga referencia a dos realidades muy distintas. Una relativa a un mundo rural bien estructurado, con una sólida base social, con una organización económica y territorial coherentes y con un paisaje variado y diverso, rico desde el punto de vista ambiental y cultural; pero también hay otra realidad en la que nos encontramos un mundo desestructurado, profundamente alterado desde el punto de vista social, con contrastes económicos que van de la especialización productiva a la marginalidad, y, en definitiva, con un paisaje que tiende a la homogeneidad y a la banalidad.

Dos mundos tan dispares que, sin embargo se encuentran muy cercanos en el tiempo, pues apenas los separa medio siglo. Este libro, referido a Asturias, trata del primero de estos dos mundos, y habla de asuntos (ya sean formales, funcionales, técnicos, culturales...) que o bien han desaparecido, o bien se encuentran, lamentablemente, en trance de desaparecer, todo ello a pesar de que el autor, seguramente por la implicación que asume con respecto a los asuntos que trata, utilice de manera profusa a lo largo de la obra el tiempo verbal presente y no las distintas formas de pretérito.

Hace cinco décadas, cuando Ferrer Regales, recién llegado a la Universidad de Oviedo, estudiaba la parroquia de Quintueles, la marina oriental asturiana o la ganadería bovina en la región asturcántabra, analizaba un mundo rural, como el primero de los descritos, en pleno funcionamiento, aunque ya se percibieran los primeros síntomas de cambio; incluso muchos de los rasgos de la Asturias rural descritos por García Fernández en su trabajo sobre la organización tradicional eran reconocibles en el momento en que se publicó la obra, en los años setenta. Del mismo modo, los miembros de la Junta de Ampliación de Estudios (Centro de Estudios Históricos) que en las primeras décadas del siglo XX salían por dis-

tintas zonas de España a realizar estudios antropológicos, tomaban contacto con una realidad rural en la que usos, costumbre, técnicas, cultura material, etc, estaban totalmente vivos. Hoy, sin embargo, esa realidad tan cercana en el tiempo es objeto de interés de la historia (rural), de la geografía histórica, de la etnografía o de la antropología (la parte que se ocupa de culturas y sociedades desaparecidas o en trance de desaparición).

Lo que el libro que aquí recensionamos nos ofrece en una descripción minuciosa y detallada de buena parte de los elementos que conformaban el mundo rural asturiano tradicional o histórico, que empezaría a descomponerse a raíz del proceso «modernizador» que desencadenó el desarrollismo (aunque ya se percibieran signos de cambio desde la segunda mitad del siglo XIX), una descomposición que contrasta, por su rapidez, con el lento y pausado proceso de construcción del modelo tradicional (del modelo tradicional se pasa al productivismo, y de este al postproductivismo en tan sólo cinco décadas).

Pero esta importante acumulación de información, con ser de indudable valor (particularmente en lo que se refiere a la recuperación de la información oral, y a los inevitables riesgos de pérdida definitiva de la fuente), tiene a mi juicio un valor añadido, que seguramente va más allá de lo que el autor se propuso al realizar el trabajo.

Curiosamente, en el marco del postproductivismo en el que nos encontramos, con unos espacios rurales que, en general, se mueven entre una utilización intensiva de carácter industrial, un abandono que conduce a la progresión de lo natural, o la conversión en marco para la realización de actividades «urbanas» (por ser requeridas y demandadas por la población urbana: turismo, segunda residencia, equipamientos, infraestructuras, etc), ha surgido un inusitado interés por el paisaje, y particularmente por el paisaje rural.

Esto se puede percibir desde la escala comunitaria a la local, pasando por las intermedias de la nacional y de la regional. En el Convenio Europeo del Paisaje (aprobado en Florencia en 2000, y ratificado por España en 2004), o en la Ley45/2007 Para el Desarrollo Sostenible del medio Rural, se hace hincapié tanto en la necesidad de «preservar unos paisajes de alto valor cultural y ambiental fruto de la relación hombre-medio» (agricultura-espacio natural), como en «conservar y recuperar el patrimonio y los recursos naturales y culturales del medio rural», para lo que se propugna «prevenir el deterioro del patrimonio natural, del paisaje y de la biodiversidad, o facilitar su recuperación».

Cualquiera de estos objetivos (conservar y recuperar el patrimonio, preservar el paisaje, prevenir el deterioro

* GARCÍA MARTÍNEZ, Adolfo (2008): *Antropología de Asturias. 1. La cultura tradicional, patrimonio de futuro*, KRK Ediciones, Oviedo, 485 págs.

del paisaje y o facilitar su recuperación) requiere inexcusablemente de estudios como el que aquí se comenta, estudios que den los argumentos para decidir qué es lo que se debe conservar y por qué, o, en caso de pérdida o deterioro qué es lo que se debe recuperar y por qué. Estudios que, junto a aportaciones procedentes de otros campos, contribuyan al conocimiento y explicación e los paisajes rurales, paso previo al de su clasificación, delimitación, y representación gráfica.

Que *Antropología de Asturias* contribuye al primero de los objetivos (qué es lo que se debe conservar y por qué) creo que no ofrece ninguna duda, por la propia naturaleza del trabajo. Que es de ayuda inestimable para el segundo (conocimiento y explicación de los paisajes rurales), me parece que también, pues detrás de los elementos formales que componen un paisaje rural (las construcciones, los parcelarios, las infraestructuras...) está (o ha estado) todo un conjunto de elementos que lo conformaron, y que en gran medida viene a corresponderse con el índice de contenidos de esta obra: una sociedad que propició la generación del paisaje (la casa como núcleo de la vida social, la familia, los vecinos, los intermediarios —escuela, iglesia, comercio—), una organización económica (agricultura, ganadería, manejo de los recursos, oficios), unos modos de organizar el territorio (casas-huertos-tierras de labor-prados-monte), un aprovechamiento de los recursos como fuente de energía (agua, madera) o como materia prima para las pequeñas producciones (lana, madera, cal...), etc.

Si conocer cómo fue el mundo rural asturiano es importante, lo mismo que lo es saber cuál fue el proceso histórico de su formación, no lo es menos conocer las claves que explican su rápido proceso de disolución y las consecuencias de todo orden del mismo, asunto al que estará en parte dedicado un segundo tomo de la obra, que el mismo autor publicará en la misma editorial.— FELIPE FERNÁNDEZ GARCÍA

*El modo de vida tradicional en una montaña de la aldea leonesa**

El libro que aquí nos ocupa es un estudio local en el que se trata de describir «la forma de vida de una comunidad rural desde una perspectiva holística», siguiendo

* FERNÁNDEZ PÉREZ, A. y GARCÍA FERNÁNDEZ, O. (2008): *Matalavilla. Memoria de una aldea leonesa*. KRK, Oviedo, 541 págs.

una metodología a caballo entre la historia y la antropología. El interés geográfico de la obra radica en la aportación que hacen los autores acerca del funcionamiento integral de la aldea como unidad mínima de organización del espacio en la montaña occidental leonesa, en un tiempo, los años 60 de la pasada centuria, en el que la comunidad campesina estaba comenzando a experimentar transformaciones profundas que darían como resultado su desaparición como colectivo, merced al debilitamiento demográfico y la disolución social que experimentó a lo largo de la segunda mitad del siglo XX.

Si contexto espacial e histórico son de sumo interés para la geografía, no lo es menos el verdadero objeto de estudio de esta obra, el conocimiento de «la forma de vida de una comunidad rural», que contó en la disciplina geográfica con un campo de estudio equivalente, aunque poco desarrollado en España, como fue el estudio de los «géneros de vida»; un concepto que nació en la etapa clásica de la geografía francesa de la mano Vidal de la Blache y fue continuado por sus discípulos (Albert Demangeon y Marx Sorre, entre otros). Entendido al modo vidaliano, un *genre de vie* puede ser definido como

«el conjunto funcionalmente articulado de actividades o de técnicas en sentido amplio que, cristalizadas por la fuerza de la costumbre, expresan las formas de adaptación o respuesta de los diferentes grupos sociales al medio geográfico».

Traer hoy en día este concepto a colación es de sumo interés para disciplinas que tienen como objeto de estudio el paisaje rural, en la medida que la fisonomía de dichos espacios debe ser entendida como la cristalización espacial de los géneros de vida que estuvieron activos hasta el ecuador del pasado siglo, puesto que en palabras de Vidal de la Blache un *genre de vie*

«implica una acción metódica y continua sobre la naturaleza, modificando todo el equilibrio anterior de la naturaleza viva, produciendo un estremecimiento profundo, que se extiende hasta la naturaleza inorgánica (...), debido al efecto de costumbres organizadas y sistemáticas, impuestas de generación en generación».

La transformación experimentada por las sociedades montañosas en la segunda mitad del pasado siglo trajo pareja la transformación de los paisajes que fueron el telón de fondo de la experiencia vital de aquellas, por lo que en el actual contexto de interés por la conservación del paisaje es tarea de suma utilidad conocer la técnicas y sistemas productivos bajo los que se gestó y sostuvo en el tiempo la fisonomía de los espacios rurales.

En la articulación de la estructura de la obra subyacen los componentes del concepto cultura, entendido desde una perspectiva antropológica del mismo: la cultura material (el paisaje y sus elementos), la cultura so-

cial (la organización socioeconómica) y la cultura mental (el universo ideal, los ritos y creencias en los que se enmarcaban las decisiones de los montañeses). Dados los intereses de la disciplina bajo la que se suscribe el presente escrito nos centraremos en las dos primeras partes de la estructura, que por otra parte componen el grueso propiamente dicho de la obra.

En la primera parte los autores, de manera sintética y acertada, realizan un encuadre ecológico del medio natural sobre el que se desarrolló la vida campesina, nos presentan el medio físico como infraestructura de la actividad humana. Se trata de una introducción física en la que describe los principales rasgos ecológicos de Matalavilla: un espacio de montaña media en el que la existencia de un relieve quebrado determina unidades físicas contrapuestas, valles y cumbres; un clima de media montaña con rasgos continentalizados que reduce el ciclo climático anual a dos estaciones, una favorable al aprovechamiento de los recursos naturales y otra desfavorable; una paisaje vegetal reflejo de los condicionantes ecológicos y de la explotación secular de la que fue objeto por parte de la comunidad campesina; para terminar presentando la fauna local asociada a los agroecosistemas de montaña.

Tras describir los rasgos geográficos físicos más relevantes de Matalavilla, se analiza la situación del pueblo, determinada por su localización en una encrucijada de caminos dentro de la red de asentamientos humanos que componen el actual municipio de Palacios del Sil; asentado en una pequeña colina, a caballo entre dos ríos, su emplazamiento esta condicionado por su localización sobre el codo de captura de un río. Conocer los condicionantes a los que responde el emplazamiento del pueblo es una tarea ineludible a lo hora de «evocar el poblamiento», un poblamiento concentrado característico de las áreas de montaña, en el que el caserío se ordena en anillos concéntricos que siguen en su traza las curvas de nivel que describe la topografía de la colina. La unidad mínima del hábitat, la casa-bloque, se nos presenta como una realidad «multifuncional» mediante una descripción de los microespacios y microambientes que componían aquella en respuesta a la autosuficiencia a la que aspiraba la unidad doméstica.

Tras analizar el hábitat, se aborda el estudio del sistema productivo local y sus elementos, en torno a los cuales se organizaba la vida en la montaña, un sistema agrosilvopastoril cuyas estructuras paisajísticas asociadas (con diferentes denominaciones) se repiten a lo largo y ancho de la Cantábrica. Lo exiguo del terrazgo de cultivo, orientado a las necesidades alimentarias de la

«casa» y estructurado en tierras de secano y regadío, contrastaba con el dominio de los espacios asociados a la actividad ganadera, los prados y el monte, compuesto el último por las manchas forestales y los pastizales de montaña, unas veces naturales, otras generadas por acción antrópica mediante aclareo del bosque. Si interesante es la descripción geográfica de las estructuras paisajísticas que servían de soporte al sistema productivo en cuestión, más aún lo es la ligazón que se establece entre éstas y las labores y tareas agrícolas encaminadas al funcionamiento y conservación de las mismas; se deja entrever cómo la conservación de los paisajes rurales obedece a una ordenación minuciosa y a unos trabajos de ritmo diario en la mayor parte de los casos. Recomponen con gran acierto ciclos productivos, las faenas agrícolas y los movimientos ganaderos, entre otros apartados de la vida en la montaña, poniéndolos en estrecha relación con el sistema productivo en el que se encuadraban y con los espacios que utilizaban como soporte. El porqué de la necesidad de una complementariedad entre bajuras y alturas en la montaña, de una cabaña ganadera mixta (compuesta por ganado mayor y menor), la existencia de actividades complementarias en el seno de la pequeña explotación familiar, la importancia de la caza, la pesca y la recolección en una economía de subsistencia, son algunos de los puntos en los que los autores se detienen para mostrarnos el aprovechamiento integral y sostenible de los recursos naturales que realizaron las comunidades montañesas en los territorios que gestionaban.

Analizado el sistema productivo local y sus elementos espaciales, se aborda la «cultura social», entendida como la organización socioeconómica que permitía el funcionamiento del sistema agrosilvopastoril, constituyendo la piedra angular de dicho funcionamiento la explotación comunitaria de los recursos naturales. En una economía de subsistencia expuesta a los riesgos y avatares de la naturaleza, «vivir en comunidad» ha sido la única manera hacer viable la vida en la montaña; la organización colectiva de la producción y el establecimiento de formas de solidaridad y de socorro mutuo eran los mecanismos sociales que permitían la supervivencia y reproducción de la comunidad campesina en un medio particularmente hostil a la actividad humana, la montaña. El concejo abierto, órgano de expresión de la comunidad campesina y forma de democracia cotidiana para la gestión del espacio propio, se nos presenta como un ejemplo de la pérdida del protagonismo que ha tenido la población local en la gestión del espacio adscrito a su pueblo o aldea. El concejo abierto, que encarnaba los

tres poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) sentaba las bases de la organización colectiva del espacio privativo de la aldea, tales como: la distribución de la cabaña ganadera en «veceras» y la asignación de lugares y fechas de pasto en los comunales, la regulación de la «genitura» (la selección de los sementales), la reglamentación de las «facenderas» o sextaferias como servicios colectivos de obligatorio cumplimiento para el mantenimiento de la infraestructura productiva comunitaria (puentes, caminos, fuentes y abrevaderos...) y la regulación del aprovechamiento del agua entre otras. Cuando una tarea desbordaba la capacidad productiva de la unidad familiar se recurría a formas de solidaridad y socorro mutuo bajo el lema «hoy por ti mañana por mí», fórmulas que se aplicaban por ejemplo en la construcción de una casa, en la siega de la hierba o en la tarea consistente en desgranar el cereal («las machas»).

La unidad mínima de aquella organización socioeconómica la constituía la «casa», la familia, como unidad de consumo, identidad y producción en torno a la que se articulaban las explotaciones agrosilvopastoriles; la disolución de esta unidad viene a coincidir con el período en el que los autores describen la vida en la aldea leonesa, por lo que se hace hincapié en la desaparición de la familia troncal y su reemplazo por la familia nuclear, reflejo del proceso de «individualismo campesino» que asolaría al campo español a lo largo de la segunda mitad del pasado siglo.

El texto termina abordando la «cultura ideal», el universo mental y ritual al que los autores atribuyen la

capacidad de potenciar el mantenimiento de las estructuras sociales sobre las que se asentaba el funcionamiento de la vida rural, la «casa» como unidad mínima y el comunitarismo campesino como fórmula social más acertada para el desarrollo socioeconómico en la montaña.

El texto propiamente dicho se acompaña con tres anexos, un completo glosario de concepciones, términos y expresiones locales en lengua vernácula que permiten al lector reforzar las ideas y conceptos explicados; más interés tienen para el geógrafo las laminas que se intercalan en el texto, unas veces fotografías otras croquis y dibujos que hacen que lo que en el texto es referencia escrita en dichas páginas se torne en imagen visual.

Creemos que obras como esta son necesarias para entender los retos a los que se enfrenta hoy el mundo rural, y en particular la montaña, pues resolver estos pasa en muchas ocasiones por la revisión y el conocimiento de experiencias pasadas, decantadas a lo largo de siglos y transmitidas de generación en generación, y su adaptación al contexto socioeconómico actual. Al respecto nos gustaría terminar con la concepción que los autores tienen sobre la gestión y conservación de los espacios rurales:

«su supervivencia, pensamos, sólo será posible si sus escasos moradores y los residentes ocasionales, son capaces de compatibilizar la conservación y recuperación del rico patrimonio natural humano, aunque haya sido profundamente alterado, adaptándolo a las demandas de ocio de las sociedades desarrolladas»

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ DÍAZ